



PREMIOS DE SUBSCRICION: MADRID, EN CASA DE ELA FORTINELLA, CRISTINA. En todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

LA MINERVA DE SAN ANDRÉS.
Madrid es un pueblo extraordinario, que sabe amalgamar lo religioso con lo profano; la devoción con el espectáculo.
Aquí sucede al rendir su homenaje y testimonio de veneración á la Divinidad, como al teatro de Arriana ó á los toros.
Mezcla extraña de todos los elementos de las costumbres y nueve provincias de España, ofrece al observador un conjunto abigarrado y extraño.

En Madrid no todo es bueno; pero tampoco es todo malo: hay géminas de vicio, y modelos de virtud; si se destaca más lo primero que lo segundo, es preciso convenir en que no tiene Madrid ese privilegio riesgo y exclusivo: el vicio siempre fué mundano, y la virtud prudente y reservada.

Cuando un pueblo conserva algo de sus sentimientos, de independencia, de su fe religiosa, generalmente hablando, puede esperar tarde ó temprano su regeneración, con sus propios elementos de vida, no el aligusto asno de su patria, sin ninguna esperanza, ofensiva siempre, sin siendo agradable en apariencia.

Entre las solemnidades religiosas cuenta el pueblo de Madrid la famosa procesion de Minerva de San Andrés y San Pedro y San Isidro, que entre otras varias que salen de diferentes parroquias, es la que más popularidad é importancia tiene para los madrileños.
Al siguiente día del Corpus, y en la tarde, sale de una de las referidas iglesias parroquiales, y recorre las calles de Segovia, Cava Baja, Humilladero y otras.

Constituyen la procesion la serrada Custodia, las dignes de San Isidro, Santa María de la Cabeza, etc., el clero parroquial de las ciudades, pallo, las magras, y estandartes, multitud de niños vestidos ó camuflados y alumbrados como los hermanos de diferentes cofradías, sin ninguna banda de música de tropa, piquetes de Alabarderos, cuando les hay, y del ejército, como el de la Real Casa, y de algunos títulos de Castilla, etcétera.

Desde los balcones de la terrera arroján flores las vecinas al pasar la procesion, y una multitud apuinada la contempla en esas y calles del tránsito.

¡Qué muchacha bonita de aquellas feligresas se permitiría faltar á la caridad de la procesion!

Para los madrileños de aquellos barrios es tan importante solemnidad como la del Corpus la Minerva de San Andrés.

LA TORRE DE LA VELA.

Hay en el plano que habitamos sitios que, vistos desde regimenes superiores, deben ser puntos luminosos, para que desde el espíritu y el humano estucayo deban haber dejado, como buellas, un resplandor: lugares iluminados por el herásmo,

alumbados por la virtud, envueltos en una neblina misteriosa que los ojos de la materia no distinguen, pero que deslumina á los ojos del alma. El suato que pisó Colón al tomar posesion del Nuevo Mundo, con la vista en el cielo y la rodilla en tierra, la que guardó los bucos de Virgilio, la que recibió en sus grietas y empapó en sus entecas la sangre del Cristo, deben lavar en el silencio de la noche misteriosos fulgores, y dejar oír confundidos con los susurros de las auras; ruidos de voces sobrenaturales que entonen un cántico en honor de los ángeles del linaje humano, y un himno de adoracion á lo infinito. La gruta del Prasilipo, las Termopilas, el Calvario, deben bullir entre las sombras y despedir las ráfagas de luz, los resplandores que emanan de las grandes virtudes y los grandes hechos. Así, embellecidos por las acciones de los hombres, inmortales por los hechos, por los géminos, por las razas, hay héroes que son sagradas, hay rales que son enanas y llauras, que son sepulcros de un pueblo ó de una civilizacion, árboles que son columnas vivas que inmortalizan un gran óceso, peñascos que son como los altares de una gran idea.

Y uno de esos parajes que hablan á nuestro espíritu, despertando en la imaginacion sombras y recuerdos, memorias y lependas, es Granada. Allí los rios y las fuentes, la llauray el monte, la morada del pebray el palacio del rico, están habitados, al par que por los vivos de hoy, por las apariciones y los fantasmas, por las historias y las conjeturas de las edades pasadas; y en los vientos que bajan de las sierras vecinas vienen los peticos conjuros á cuya evocacion despierta la ciudad dormida y resucita la Granada muerta. Contemplarla desde una gran altura, es subir á una gran elevacion en la historia y ver desde allí toda una época, dos civilizaciones y dos pueblos. Por eso yo queria ver á Granada desde la torre de la Vela, y subí á ella bajo los rayos de un sol abrasador, en la mitad del día, y al llegar á la plataforma tendí la vista en torno, y la mirada mis se hundió en un mar de luz, en un Océano de resplandores, en un inmenso pelaje de deslumbrante claridad que no me permitia distinguir objeto alguno entre

aquella luz que, al refractarse en la nieve de los montes y el agua de los rios, en la blancura de las casas y el verde claro de la extension inmensa de la vega, lo envolvía y lo iluminaba todo con la irradiacion de lo divino, bajo un cielo azul, incommensurable, purísimo, y un sol que ardia como un diamante de fuego engasado en el centro de una gran turquesa.

Volví á la noche, y como habia visto á Granada á la luz del sol, la ví á los rayos de la luna. Ya la habia visto con su manito de oro, y quise verla con su falda de plata. El silencio de la noche, el misterio de las sombras, la evocacion de los recuerdos, la memoria de lo leido, sumergen allí el espíritu en éxtasis profundo y la Granada cristiana desaparece para que aparezca la Granada árabe, la Granada de Alhambra el Mágico. Tendí la vista entonces, y sentí dilatarse la vista como si quisiera abarcar con una mirada lo infinito.

Detrás, Sierra Nevada con la blanca diadema de nieve; á sus eternas nievas que va lentamente derritiendo el sol para que, en fecundas venas saparidas, fertilicen la vega y fructifiquen la llauray. En sus entrañas hay tesoros que, como aberturas-fuertes, enseñan el centro de la tierra; lagos como espejos donde se reflejan bosques vírgenes, y hay cavernas de las que podrian sacarse cien Alhambras; fonses que son como esqueletos de otras vidas, ruinas que son tesoros de las generaciones venideras, plantas de los dioses fijos en la cima, vegetacion de la feliz Arabia en la vertiente, abetos y tejos de la Sicilia en la cumbre, palmas y laureles de la sagrada Palestina en la llauray, y el Mediodía las crestas monadas de la Alpujarrá. Á la derecha el Sacro Monte, con cuevas como catacumbas, reliquias de santos y recuerdos de hombres ilustres; la fuente del Avellano; el Chateaubriand comparado á la de Vanclay; el teatro de San Miguel, que hoy sustenta una ermita donde antes estaba la torre del Acituno, y el Darro, siempre corriendo sus arenas de oro y bañando el Alhambra, hoy convertido en soto de escobetas, viviente de mendigos y donde antes, en torno de una gran mesquita, tenían los moros principales sus casas de recreo, y hoy nuestros

postas raudal inagotable de tradiciones y leyendas. En los grandes patios de sus palacios, mirá ndose en sus clarisimas albercas, al son de gaitas berberiscas, relataba el ravi sus cuentos de hadas y sus romances bellos, mientras la luz de las Alhambras de Hissora iluminaba el cristal de los estanques estrechados por sus cisternas de arrayanes.

Á lo lejos está Santa Fé, campamento de piedra, prueba de la constancia castellana y del teson aragonés, á la izquierda el Genil, la ciudad nueva, Á la espalda el Generalife, y detrás las minas de Parla-Roca, el palacio de la novia, y allá, casi en el límite del horizonte, en la interseccion de las dos sierras, el Suspiro del Moro, donde un Rey débil dejó escapar por el labio contraído el ¡ay! supremo de dolor al abandonar entre los hombres de hierro la ciudad más hermosa del mundo, la favorita del Profeta, la bendita de Alá, la despertada por el sol, la adormecida por la luna.

¡Oh Granada! Treientos años no han podido hacerte cristiana: aún á la caída de la tarde se oye la voz del mueco en sus Alhambra, aún se desliza por tus escudriadas los gnomos, los almoradies, los refulsantes, los abencerrajes y negros; atizando con el fuego de sus ardientes venas tus eternas discordias; todavía en los agimicos de la Alhambra y hacia la media noche, en los patios del barrio del Dallest, en todo tu recinto, en todos tus jardines, parecen respirar las moras redondas en los frescos alhambra, mientras la almodana sobre el tapiz de Peria, los pies desnudos, ceñida por un velo, cuajadas las trenzas de flores de granado, desnuda y sin collares la garganta, con ¡torcas de oro en las muñecas, con costoso azul miradas las cejas, la candor del poeta en los labios, y el dolor de la esclavitud en el alma.

Ni la sangre de la conquista ni la intolerancia de la por te han podido hacer cristiana. Destruirán los siglos tus alcazars y tus jardines; tus arcos, tus torres y minaretes, morderán el polvo, y sobre sus ruinas crecerá, movida de orugas, hará el reptil de tus escobetas su vivienda, pero nada podrá trocarse en una ciudad cristiana, nadie te infiltrará el agua del bautismo.

En los tiempos bárbaros, en pleno feudalismo, una casa que no era española cayó sobre tu tierra, se conquistó, te hizo agarenas, te esclavizó con el hierro y tú te desviviste con las dalturas de tu clima, con el ambiente de tus jardines, con el sonoro arrullo de las aguas. España en pie muchas de tus obras; y justo á ellas, los cristianos no han querido edificar las suyas; ni anul el agimico del Renacimiento ha podido luchar contigo. A pesar de que nada de Cirlo y de la catedral, á pesar de la chancillería y la Cartuja, eres árabe. Tu Alhambra todo lo ovesmos, no neutralizo todo lo estúpido. Ahí están á la espalda de esta torre, cuya campana regula con su voz melancólica los riesgos de la vega. Alhambra real Todavía vives, y cuando todo duermes tú despiertas. Vives con la vida de la poesía y los recuerdos, con el



La Minerva de San Andrés.

